

**Arturo Álvarez Roldán – Noelia Martínez Casanova  
Sandra Martínez Rosi**

**LA MEMORIA AMENAZADA DE PUEBLA DE DON  
FADRIQUE. RELATOS DE VIDA E HISTORIA  
CULTURAL DEL ALTIPLANO DE GRANADA**

---

**HISTORIA Y MEMORIA**

---

**Todos los Nombres, Mapa de Fosas y  
Actuaciones de los Tribunales de  
Responsabilidades Políticas en Andalucía**

---

EDITORES

Miguel Gómez Oliver - Fernando Martínez López

ISBN: 978-84-8240-869-9

Depósito Legal: AL-2980-2007



**EDITORIAL  
UNIVERSIDAD DE ALMERÍA**

Archivo descargado de [www.todoslosnombres.org](http://www.todoslosnombres.org)

# **LA MEMORIA AMENAZADA DE PUEBLA DE DON FADRIQUE. RELATOS DE VIDA E HISTORIA CULTURAL DEL ALTIPLANO DE GRANADA.**

Arturo Álvarez Roldán  
Noelia Martínez Casanova  
Sandra Martínez Rosi  
Universidad de Granada

## **Introducción**

La memoria sociocultural de los granadinos mayores, de sus vivencias y experiencias durante el siglo pasado, está desapareciendo junto con las personas que fueron sus protagonistas. Con ello se pierde una parte de la historia y la cultura granadina contemporánea, que no ha sido escrita ni documentada. Este patrimonio inmaterial abarca un conjunto de saberes acumulados durante generaciones, que conciernen a todos los ámbitos de la vida social y cultural: la vida familiar y los roles de género, las culturas del trabajo en un régimen agrario y urbano en vías de extinción, el sistema de vivienda, la experiencia asociativa, la vida política y las vivencias de los ciclos festivos, ceremoniales y religiosos. Todos estos conocimientos incorporaban un léxico y representaban una forma de vida que hoy en día resulta en gran parte desconocida, cuando no despreciada, por las nuevas generaciones.

En octubre de 2006 el Ayuntamiento de Puebla de Don Fadrique y el Grupo de Desarrollo del Altiplano de Granada encargaron al Departamento de Antropología Social de la Universidad de Granada un estudio piloto para rescatar y preservar la memoria sociocultural de Puebla de Don Fadrique, que habría de servir más adelante de modelo para llevar a cabo una investigación similar que abarcara las dos comarcas del Altiplano de Granada. La investigación se denominó “La memoria amenazada. Patrimonio cultural inmaterial de Puebla de Don Fadrique”. El estudio comenzó en noviembre de 2006 y está en estos momentos terminando de ser preparado para su publicación. Aquí presentamos una descripción de la investigación y, a modo de ejemplo de los resultados, una de las cuarenta historias de vida que contiene.

## **Objetivos de la investigación**

El objetivo de este estudio ha sido rescatar y preservar la memoria sociocultural de uno de los pueblos del Altiplano de Granada —Puebla de Don Fadrique—, acumulada en el recuerdo de sus habitantes de las generaciones nacidas antes de 1936, para presentarla de forma asequible a los más jóvenes, que están haciéndose cargo de la gestión de la vida social y cultural de la comarca. Estas generaciones han vivido los cambios socioeconómicos más importantes de la historia moderna. Esta memoria es un recurso patrimonial que puede contribuir al desarrollo y una mejor gestión social y cultural del municipio y de la comarca.

Estos objetivos generales se han concretado en la realización de las siguientes tareas específicas:

1. Construir un archivo de historia oral de granadinos mayores, mediante la realización de entrevistas biográficas. Esta base de datos está formada por las grabaciones en audio y en vídeo de las entrevistas, las transcripciones literales de las mismas y las historias personales analizadas y editadas para su difusión a través de publicaciones o de internet.

2. Relacionar esa base de datos etnohistórica con materiales visuales pasados y presentes, para ampliar e intensificar su significado e impacto. Los materiales visuales incluyen fotografías históricas, principalmente familiares, así como de los lugares y las personas mencionadas en los relatos de vida que todavía existen y han podido ser fotografiados.

3. Divulgar esta base de datos preparando materiales que puedan llegar a un público amplio en forma de libros, presentaciones audiovisuales, exposiciones o páginas web.

## **Métodos y técnicas de trabajo empleados**

Para la realización de este estudio se han utilizado métodos propios de la antropología sociocultural, la etnohistoria y la antropología visual, orientados a la recuperación, conservación y difusión del patrimonio cultural.

El archivo de historia oral se construyó mediante la realización de entrevistas personales, de entre una y cinco horas de duración, que fueron grabadas y transcritas literalmente. La duración media de las entrevistas fue dos horas. Para su realización se utilizó un protocolo de historia de vida. Este guión fue empleado para sugerir temas de desarrollo a los informantes y sondear algunas de sus respuestas. Pero fueron los informantes los que eligieron durante las conversaciones los temas de sus relatos de vida y el desarrollo que quisieron darles. La “memoria” no es algo que se pueda forzar haciendo preguntas, ya que existe gracias a una serie de procesos cognitivos que tienen su propia dinámica. Por eso, los informantes suelen contar casi siempre las mismas historias y de forma muy parecida.

Junto a las historias personales se recopilaron varios centenares de fotografías antiguas de las personas entrevistadas, documentando el contenido de las imágenes. En el transcurso de la investigación se nos proporcionó también una amplia muestra de fotografías de la comunidad recopiladas por una persona de la misma ya fallecida, pero sin datos que permitieran su identificación. Algunas de ellas también fueron identificadas en las entrevistas con los informantes. Una vez transcritas las entrevistas y tras una primera revisión de su contenido, se volvieron a registrar en vídeo digital algunos de los relatos de vida.

El trabajo de campo se realizó entre noviembre de 2006 y junio de 2007. La muestra final de informantes está formada por cuarenta personas: 29 hombres y 11 mujeres. La muestra de informantes es muy diversa y abarca representantes de toda la comunidad, que han desempeñado oficios muy variados, residido en el pueblo y/o en los cortijos, emigrantes, de diversas tendencias políticas, etc.

Los relatos de vida que contienen las entrevistas han sido agrupados en historias personales para su presentación. Al escribir las historias personales hemos considerado más importante aclarar el significado y preservar el tono emocional y subjetivo de las narraciones, que conservar los rasgos fonéticos de la narración oral. Se ha respetado la estructura interna de cada relato, así como su contenido y significado, lo que ha requerido un minucioso análisis cualitativo de cada uno de ellos. Las faltas de ortografía, gramaticales o fonéticas cometidas por los informantes al narrar sus relatos en las entrevistas han sido corregidas en la versión escrita,

tratando de no cambiar nada que pudiese afectar al significado y sentido de lo dicho por ellos. Cada persona ha ofrecido la versión que ha querido de sus experiencias y de su vida.

La difusión de los resultados de esta investigación se realizará a través de un libro con todas las historias personales y algunas de las fotografías recopiladas, que incluirá además un análisis de algunos de los temas culturales que aparecen en ellas, así como un glosario y un índice temático, y una página web, todavía en construcción, en la que se muestran todos los materiales recopilados y analizados.

### **Un ejemplo: la historia de Mateo<sup>1</sup> (1915)**

A continuación presentamos, a modo de ejemplo de los resultados de la investigación, una de las historias personales recopiladas. Hemos elegido esta historia porque su contenido puede tener mayor afinidad con los temas tratados en este congreso.

Mateo nació en Almaciles el 19 de septiembre de 1915. Es uno de los pocos supervivientes de la generación que combatió en el bando republicano durante la Guerra Civil<sup>2</sup>. La razón es la represión que sufrieron los republicanos tras la contienda. Una buena parte de los relatos de Mateo son episodios de dicha represión. Llama la atención los pocos recuerdos que parece tener de la República, un período en el que —según él— los campesinos vivieron algo mejor. En la primera parte de sus relatos describe el sistema de servidumbre que regía las relaciones entre los propietarios de los cortijos y los campesinos que trabajaban en ellos, ya fuesen muleros o pastores. Mediante un contrato, generalmente verbal, los campesinos se comprometían a trabajar las fincas y a pastorear los rebaños a cambio de poder vivir en los

---

<sup>1</sup> Todos nombres han sido cambiados para preservar la identidad de las personas aludidas, aunque en el autor de esta historia no tenga ningún inconveniente en que figure su nombre auténtico.

<sup>2</sup> Son muy pocas las monografías antropológicas sobre España que ofrecen alguna información sobre la vida en los pueblos antes, durante e inmediatamente después de la Guerra Civil. Barret (1974), en su estudio del proceso de modernización de un pueblo aragonés, cuenta algunas cosas que sus informantes le narraron sobre la vida cotidiana en esa localidad durante esos años. La descripción que hace es muy similar a la que ofrece Mateo en sus relatos. La monografía de Collier sobre los socialistas de un pueblo de Huelva es el mejor trabajo antropológico que se puede leer para entender este período de la historia de Andalucía, salvando las diferencias que hubo entre los distintos pueblos. La monografía de Mintz (1982) sobre los anarquistas de Casas Viejas en Cádiz es otro trabajo que puede ayudar a contextualizar algunos de estos relatos.

cortijos, recibir la aniaga o sustento básico y una parte de los beneficios de las cosechas o de la venta de los borregos. Los únicos que trabajan a jornal eran los segadores, que en muchos casos eran también labradores o pastores. El trabajo infantil no remunerado era algo común en esa época. Para Mateo lo que mejoró la situación de los campesinos durante la República no fueron las colectivizaciones, con las que a veces se muestra crítico, sino que se forzase a los propietarios a pagar por las labores del campo. Mateo empezó a trabajar como pastor cuando era niño. A través de sus relatos asistimos a un recorrido por los muchos cortijos en los que se ganó el pan a lo largo de su vida. Luchó en la Guerra Civil en diversos frentes en Andalucía. Estuvo en la batalla del cerro Muriano, donde vio morir a muchos hombres. Al finalizar la guerra lo llevaron a un campo de concentración en Córdoba, donde pasó tres meses. Cuando regresó a Almaciles se encontró con que su padre había sido encarcelado y condenado a muerte. Al poco tiempo un vecino le denunció. El motivo fue una disputa sobre las lindes de una finca de su padre y las tierras de ese propietario. Le acusaron de cosas que el no había hecho antes de la Guerra y lo encerraron en prisión 28 meses. En el juicio, que tuvo lugar cuando ya se encontraba en libertad provisional, le condenaron sólo a seis meses. Al regresar a su casa, su padre ya había salido de la cárcel, pero falleció un día después de llegar a Almaciles desde Astorga. Durante más de catorce años estuvo controlado por los somatenes y la Guardia Civil, teniéndose que presentar en el cuartel cada quince días. Mientras tanto, se juntó con su esposa y empezó a tener su propia familia. Siguió trabajando como pastor en un cortijo, llamado la *Casa del Pino*. Cuando su mujer tuvo a su primera hija ella empezó a tener delirios. Al poco tiempo fue llamado por segunda vez a cumplir el servicio militar en Algeciras, donde casi se muere. Dejó la *Casa del Pino* después de que uno de los amos le denunciase injustamente a la Guardia Civil. Al poco tiempo volvió a arreglárselas con el dueño de otro cortijo, la *Casa de Millán*. Paradójicamente fue un hombre rico y de derechas, al que todo el mundo consideraba “muy malo” porque era muy celoso de sus bienes, el que le libró de la obligación de tener que presentarse periódicamente a la Guardia Civil. Recuperó así la libertad y volvió a sentirse hombre. Pasó cinco años en *Millán*. Cuando ya tenía seis hijos decidió volver a Almaciles para que pudiesen ir a la escuela. No deja de ser llamativo que un hombre sin convicciones religiosas

atribuya al destino y a la providencia el castigo que, en su opinión, recibieron después las personas que tantos males le causaron a lo largo de su vida.

### ***Familia de origen***

Mi abuelo paterno se llamaba Andrés y mi abuelo materno Juan. Mi abuelo Andrés estuvo sirviendo en *Las Tiesas de Abajo*.

Mi abuela paterna se llamaba María y mi abuela materna Rosa.

Mis abuelos paternos vivieron aquí en Almaciles en una posada que había antes en la plaza. Los otros vivían en la calle que está aquí detrás.

Hubiese preferido que me llamasen Andrés, pero mi madre y mi abuela María no se llevaban muy bien.

Mi padre se llamaba Miguel. Eran tres hermanos: Eulalio, Miguel e Hilario. Mi madre se llamaba María.

Yo tenía una hermana mayor que yo, que nació en la *Casa Henares*, en el campo. Cuando yo nací mi padre estaba sirviendo en el *Porche de los Cabrerías*. El dueño del cortijo era el tío Botín, que vivía en *Valdía*. Llevaron a mi madre a la Puebla para que no estuviera sola cuando yo naciera. Otra hermana que tenía a continuación nació en el cortijo *Lande*. Y la otra más pequeña nació en Almaciles.

### ***Con las ovejas desde los cinco años***

Con cinco años ya me llevaba mi padre montado al *Porche de Silverio* con mi merendilla y mi botellilla de agua. Allí yo les abría a los borregos, les echaba de comer, en fin, lo que él me decía. A veces mi padre se venía para Almaciles y yo me quedaba allí acostado en mi pesebre, tan tranquilo, en esos *porches*, lo mismo en el *de Silverio* que en otro que le decían *del tío Cruz*.

### ***Aprendiendo a tirar piedras***

Mi padre me enseñó a tirar piedras cuando era pequeño. En aquellos tiempos, cuando llegaba la Pascua, las mujeres recogían gallinas de los cortijos. Luego las gallinas se sacaban al cerro que hay al otro lado del pueblo. Cada uno cogía sus piedras. Cada piedra costaría seguramente un real, una perra chica. El que mataba una gallina, se quedaba con ella. A nosotros nos gustaba tirar. Es que los pastores estábamos siempre tirando piedras. Hoy ya tienen otras maneras, tienen sus perros, llevan sus cosas...

### ***Escuela***

Fui a la escuela en Almaciles. La escuela estaba en la calle de la Cruz. En el invierno había tres meses de escuela por la noche. Vino un maestro, que le decían Don Evaristo. Empecé a ir a la escuela cuando tenía siete u ocho años. Llegaba, cenaba y me iba a la escuela. Estábamos allí desde las siete hasta las nueve de la noche. Llevábamos la cartilla, el catón o el manuscrito. Cuando supe las cuatro reglas —sumar, restar, multiplicar y dividir— dejé la escuela.

### ***La almaraz para hacer las esparteñas***

Cuando tenía doce años mi padre compró una *almaraz* y me dijo:

—Toma. Hasta aquí te he hecho las esparteñas, pero ahora toma la *almaraz* para que cosas tú las esparteñas.

### ***La primera vez que se arregló de su cuenta***



Más adelante me mandó mi padre al campo, a la *Toscana de Abajo*. Él estaba allí sirviendo. Ya nos habíamos quitado de las ovejas e íbamos de nuestra cuenta. Yo estuve allí sólo una semana. Llevaba los marranos, unas pocas cabras que tenía el tío y tres bestias.

El ama del cortijo se llamaba Marciana y su marido Federico. El tío siempre estaba acostado. Los zagales le sacaron una canción:

*“Era Simón en el pueblo el único enterrador y Federico de la Toscana un gandul y un maricón, que se menea de mala gana”.*

Un día iba montado en la yegua y, al llegar a la acequia de *Bugéjar*, el animal se acostó en el agua y empezó a revolcarse. Salí encenagado. Cuando llegué al cortijo el ama me puso las migas y almorcé. Me dice:

—Tienes que ir a los *Álamos* a por una fanega de trigo.

Aquella mujer tenía sus padres en *los Álamos*, que está por debajo de *Lóbrega*.

Dije para mí: “Yo, ¿voy a ir así?”. Cuando me comí las migas, me metí por detrás y me fui a la acequia. Lavé mis pantaloncillos y mi camisoncillo, y tuve que estar en la acequia hasta que aquello no se secó, como es natural. Cuando llegué, me dice el ama:

—Muchacho, ve y desapareja la burra.

Creía que ya había vuelto de *los Álamos*.

—¿Usted creía que iba a ir yo encenagado a *los Álamos*? —le dije—. ¡En qué está usted! ¡Haber mandado a sus hijos!

Ya vi cómo se iba a *los Álamos*, y me fui para allá. Había que ir primero al *Condado*, que estaba por el otro lado de la acequia.

Llego al *Condado* y me dice uno, que era sobrino de Marciana:

—¿Tú de dónde eres muchacho?

—Yo de Almaciles —le contesté.

—¿Y de quién eres hijo?

—Del pastor que tiene Federico.

—Pues si quieres, vente conmigo.

A otro día era sábado. Digo:

—Marciana, que voy a mudarme.

—Muchacho, si tu padre viene siempre de veintiún días —me contestó sorprendida.

Total que me dije: “Yo me voy esta noche a Almaciles, hablo con mi padre y con lo que él me diga pues...”

Llegué a Almaciles, y me dice mi padre:

—Muchacho, ¿a dónde vas?

—Me he venido porque ha estado hablando conmigo Ismael el del *Condado* y me ha preguntado si me quiero ir con él. Me da seis reales de paga al día. Pero tiene que ser con una condición: Si quiere usted que me vaya con Ismael, tengo que dormir de noche con las bestias.

Y así me arreglé yo de mi cuenta, con permiso de mi padre. Yo tenía trece años.

El que quería servir tenía que ir con las ovejas a los cerros desde primeros de marzo hasta octubre. Se dormía en el aprisco. Allí hacíamos una choza buena, aunque yo conozco aquí algunos que dormían al aire libre. Se morían de frío y se calaban.

Por las tardes cenábamos y, así que oscurecía, se iba el mulero. Yo me quedaba a dormir allí con las bestias. El mulero estaba a aniaga y él me daba de comer a mí. Cada mes el amo le daba su hatería, lo que podía comerse ese hombre en un mes: una fanega de trigo, dos arrobas de patatas, un cuarterón de aceite<sup>3</sup>,...

Cuando llegaba al cortijo a otra mañana, almorzaba y me acostaba en la cuadra. Aquel verano el Ismael ese tenía de mulero en el cortijo un hombre que no tenía hijos. La mujer de ese hombre unas mañanas hacía migas, otras unas patatas fritas y para cenar hacía otra cosa.

El día de la Piedad<sup>4</sup> aquel hombre se fue y vino de mulero uno de la Puebla que le decían *Ramón*.

Ya encerraron las bestias y me daban nada más que la peseta. Pero con la peseta mi padre se traía dos fanegas de trigo en su borriquilla, y quedaban seis pesetas. En aquellos

---

<sup>3</sup> Hasta el pimiento molido había que exigirlo. Yo estuve en un sitio en el que el amo me dijo:

—Aquí, todo el que venga a mi casa tiene que hacer pleitas.

—Pues si quiere usted que yo haga pleitas cuando venga aquí, me tiene que dar además un cuarterón de esparto todos los meses para las esparteñas —le dije.

<sup>4</sup> El 8 de septiembre, el día de Nuestra Señora de la Piedad, era el día en que los muleros se ajustaban, cambiaban de amo o de lugar de trabajo.

tiempos una fanega de trigo valía doce pesetas. Por lo menos se podía vivir. Por lo menos teníamos pan.

Por las mañanas yo iba a mi casa y le contaba a mi padre que tal, que cual.

—¿Pero te tasa el pan? ¿El pan te lo da ella o te lo cortas tú? —me preguntaba.

—Eso yo —le contestaba.

Yo llegaba al pedazo, hacía una lumbre y venga a torrar pan. De merienda me echaban a lo mejor una sardinilla de esas arenques. Otro día me daban una naranja o tres higos. Si me daban aceitunas de merienda, me echaban tres aceitunitas. En fin, aquello era comer pan solo. Había que pasar el día con eso.

Estuve guardando las ovejas allí hasta los quince años. Luego me dediqué a recoger esparto robado mientras que llegaba la siega, porque lo que cría Dios en la calle debiera ser de todos. Pues yo me gobernaba treinta o cuarenta arrobas de esparto y para la feria me iba a Santiago la Espada y me traía patatas, nueces, habichuelas, ¡de todo!, con lo que había sacado del esparto.

### **Los ricos**

Los más ricos de aquí estaban contados y los más malos también. El tío Gregorio era el capitán. Había otro que le decían Romerico. El tercero era el tío Moreno. Y el cuarto, el tío Roto. Esos cuatro hombres se juntaban y si no era uno el alcalde era otro.

El jefe de la banda era Don Ginés, de la Puebla. La mitad del campo ese era suyo. Su hermano era el que cobraba el consumo. Llegaba diciendo:

—¡La contribución!

Como no pudieras pagar, te embargaban. Venían unos hombres con unos carros y se llevaban hasta las sillas.

Me acuerdo de un día que tuve que ir a pagar la contribución —lo poco que yo fui, porque la contribución y todo lo pagaba ya la mujer. Llegó Romero con cuatro perras en el bolsillo —la mitad del campo era de él— y dice:

—Voy a tener que ir...

—Si quiere usted pagar —le dijo el fisco, el administrador— vaya usted a por ellas, que falta le hace.

La cosa estaba muy jodida. Cuando llegaba la primavera, los ricos se juntaban y decían: “¿A cuánto vas a pagarle este año a los segadores?”. Pues “a duro” o “a seis pesetas”, acordaban entre ellos.

Si estabas sirviendo era igual. Yo mismo con ese hombre, me daba seis reales porque tenía que dormir de noche con las bestias, si no sólo me daba una peseta. Y así sucesivamente. Los críos, los paveros y los marraneros, estaban por la comida. Y encima, si se descuidaban, el padre decía:

—Si ves que tal, arrímale.

Mi padre me dio las órdenes de otra manera. Me decía a mi otro compañero, que éramos del mismo tiempo:

—¡Anda!, que como se te metan los borregos, ¡madre mía!, el tío José...

El tío José tenía abajo la *Casa del Pino* y arriba otro cortijo, que le decían los *Tornajos*. Allí había un huerto y, muchas veces, cuando veía venir al tío por el camino para arriba, dejaba que los chotos se subieran en la parata a ver si me llamaba la atención.

Otra vez me pasó que fui a un sitio y los animales tenían hambre y se metieron en un pedazo sin que me diese cuenta. Total, que a uno le tiré una piedra y lo dejé cojo. A otra mañana tenía que pasar por el cortijo, y me dice:

—¿Qué le pasa a ese?

—Que le di una pedrada ayer y lo dejé cojo.

—¡Hombre!, ten cuidado, que tal.

¿Por dejar cojo a un borrego me iba a pegar a mí el tío? ¡Que va! Mi padre me enseñó a tirar piedras también para defenderme.

## **Los ricos siempre se comen a los pobres**

Mi padre pidió un dinero aquí a uno en Almaciles, que era familia del tío Romero, para comprar ovejas. Estuvieron arreglando las cuentas, pero lo engañaron, porque el abogado que llevaba el negocio no quitó las ovejas muertas ni las que habían vendido. Mi padre no se dio cuenta y después tuvo que pagarlo con las ovejas que nosotros teníamos. Teníamos entonces cien ovejas nuestras. Nos embargaron los animales, pero la casa y los dos pedazos los teníamos asegurados, porque nos avisó gente que sabía. Yo tendría doce años cuando aquello. Nos pusimos todos a servir en mi casa. Mis hermanas se fueron a la *Casa Henares* y yo a la *Casa del Pino*.

## **La República**

Después, cuando la República, se vivió de otra manera, estábamos una *mijaja* mejor. En el tiempo que duró la República, del '31 al '36, los ricos tenían que pagar por la fuerza a los obreros. La República enviaba a los labradores a las fincas. A uno le mandaba dos hombres y a otro, que era más rico, le mandaba más. Al principio los amos no querían pagarles. Pero, tuvieron que hacerlo, si querían que trabajaran para ellos. Ya no podían seguir haciendo como antes. Aunque decían que éramos tontos, no éramos tan tontos, no. Nos hacíamos los tontos.

A los muleros les pusieron cabezaleros. En cada cortijo había un cabezalero: en *Pedrarias*, en la *Zarza*, en los *Cerricos de Arriba*, en los *Cerricos de Abajo*, en fin, estaba el campo entero así. El cabezalero era el que mandaba a la gente del cortijo. Él también tenía que trabajar, no era como el amo que está en su casa. Yo eso lo veía muy mal hecho. Eso no era natural, porque mandar manda el amo en lo suyo. Si yo quiero guardar ovejas, si quiero ir con fulano, voy, y si no quiero, pues no voy. Cada uno debe de mandar en lo suyo.

Cuando empezó la Guerra, las cooperativas pusieron sus tiendas donde estaba antes el cuartel. Tu ibas a por lo que fuera allí: aceite, de todo. En fin, que era el gobierno. Todos aquellos fueron luego a la cárcel y a algunos los fusilaron. De aquí de Almaciles fueron dos.

## **Ejecuciones antes de la Guerra**

Antes de la guerra vinieron unos hombres a Almaciles. Esto fue en el invierno. Le preguntaron a un zagal de aquí:

—¿Hay un cura por aquí?

—Sí señor, hay un cura aquí.

El zagal se fue con ellos donde estaba el cura, que vivía en la casa de Eduviges. Llegaron allí aquellos hombres y se llevaron al cura. De allí se fueron a *Campillejos*. Allí cogieron a la señora y a un hijo y se fueron más para arriba, a un cortijo que le dicen el *Salaillo*, donde se llevaron a otros dos. En total se llevaron a cinco, y los mataron aquella noche en el *Porche de los Cabrerías*.

## **Inicio de la Guerra**

Empezó la Guerra. Cuando bombardearon la Puebla mi padre estaba trabajando cociendo matas: romero, espliego... Ya le pagaban un jornal por hacer ese trabajo. Aquella gente trabajaba ya en la República.

Toda la gente se fue del pueblo. Yo me fui aquí muy cerca, al *Porche Genaro*. Allí había pedazos y estaban segados, así que las bestias tenían donde comer. Estaban todos esos cerros llenos de gente. La familia de mi mujer se fue a una rambla que hay ahí abajo muy honda. El pueblo se quedó solo.

Cuando ya pintó el día, cogí mis burras otra vez y me fui a mi pedazo. Yo madrugué, les eché sus aparejos a las burras y me fui a por dos cargas de mies, que era lo que tenía. Al pasar de eso del Cacarín para allá, en las curvas esas, me encontré un camión chico que venían de la Puebla a volar el puente para que no pasaran los milicianos. Me dijeron:

—Tiene usted que volverse que vamos a derribar el puente.

—Sí, mire usted, ahora cuando... —les dije, y me fui a cargar otra vez mis bestias.

No sabían que hay un camino que da la vuelta por arriba, por el Portugués.

### **Servicio militar**

Al poco de estallar la guerra fuimos a la Puebla cuatro con idea de ir voluntarios. Uno de ellos era Miguel *el de la Chica*, que murió este año pasado. Llegamos a la Puebla y los que mandaban entonces habían dejado el pueblo y se habían ido de juerga a comer y a beber a costa del prójimo —cosas que no se deben de hacer, vamos, creo yo. Total que fuimos allí a una tienda, tomamos unas copillas y nos volvimos a nuestras casas.

Al año siguiente nos tocó hacer el servicio militar a los de la quinta del '36. El día 14 de marzo<sup>5</sup> salimos de Almaciles treinta y siete. Llegamos a Murcia, fuimos donde teníamos que presentarnos y nos dicen:

—Fulano de tal, usted para Almaciles. Mengano, usted para Almaciles...

Total, que nos vinimos cuatro, todos los que nuestro apellido empezaba por la letra “s”. A mí me tocó esa suerte y a Gregorio *el Mochuelo*, que todavía vive. De la Puebla había más.

Estuvimos aquí tres meses. En junio nos llamaron para que fuésemos a Murcia a hacer la instrucción y ya, claro, a la guerra. De Murcia nos trasladaron a la provincia de Badajoz y de allí a Andalucía. Pasé la guerra en varios sitios en Andalucía, siempre en el bando republicano. Tenía el carné de la Unión General del Trabajadores desde los catorce años.

Estando en la guerra fue cuando empecé a escribirle a mi mujer.

### **“En la guerra todo es polvo y dinamita”**

Como dice el refrán: “En la guerra todo es pólvora y dinamita”. Los fascistas tiraron bombas arrasantes, que eso estaba prohibido. Todo lo que había alrededor lo quemaba. Eso era un crimen. Los rojos no tiraron bombas de esas.

---

<sup>5</sup> De 1937.

Muertos he visto muchos, muchos. Porque es que el que llega, llega atontado, por muy listo que sea. Si estás viendo que te están tirando proyectiles y estás debajo de los peñones, ¿para qué asomas la cabeza?, ¿para ver si los ves venir? Si tienes metida la cabeza, ¡mantente ahí jodido!, aunque tengas que estar debajo de tierra, que así no te matan. Pero, claro, como estamos gente de toda clase.

En el cerro Muriano hubo muchos muertos, muchos muertos, porque para eso nos enseñaron la instrucción. Pasaba todos los días.

Estándo allí, un día me levanto y le digo a un gerente pequeño que había:

—Basilio, ¿qué pasa?

De repente se escucha: Pa, pa, pa, pa, pa, pa, pa. Me tiré al suelo y rulando, rulando bajé abajo donde, por mucho que tiraran, ya no me daban. ¡Más vale correr que esperar a que te den!

### **El encarcelamiento de su padre**

Cuando llegó la Guerra metieron a mi padre de alcalde en Almaciles. La gente nueva se había ido, así que metieron a los viejos. Yo le escribí desde el frente, diciéndole: “Quítese usted de alcalde, que usted es un viejo ya”.

Cuando se terminó la Guerra, fue cuando se armó el cenaguero. A mi padre lo metieron en la cárcel. Primero lo llevaron a Huéscar. Allí coincidimos en la cárcel. Nos metieron en una ermita que había a las afueras de Huéscar, en la carretera que sale para las Santas. Le decían la ermita de la Victoria. Las mujeres sólo estuvieron allí dos o tres noches. Luego se las llevaron abajo a la cárcel verdadera.

Al salir de la ermita a la derecha había un pedazo. Ponían a los centinelas alrededor del pedazo y allí nos echaban, igual que animales, a mear y a hacer nuestras necesidades, porque es que no teníamos donde orinar siquiera.

Allí fueron tres veces los de Almaciles y la Puebla a lincharnos. Estamos vivos porque los que había allí eran soldados y tenían que defendernos a los que estábamos dentro.



De Huéscar nos llevaron después a Baza. Luego a mi padre lo llevaron a Granada y, de ahí, a Astorga.

Una hermana mía se enamoró de un fascista, que era somatén, y se casó con él. No nos ayudó ni a mi padre ni a mí. Ni siquiera fue a vernos a la cárcel en Huéscar.

De Astorga vino mi padre con otro de la Puebla que le decían Martín. Era cuñado de los Esparteros. Aquel hombre era aceitero y tenía, por encima de Lóbrrega, un cortijo que le dicen *Buenavista*. Salieron de allí de Astorga para acá y mi padre, cuando llegó aquí a su casa, a otro día se murió, y el Martín aquel cuando fue a la Puebla. ¡Si venían muertos ya! No hubo ni un amigo para recibirlo, con tantos amigos como tenía mi padre, porque era un hombre como son los hombres, no de zagaleos ni nada de eso. De pastor era el número uno aquí en Almaciles. Él llevaba las ovejas y, en cuanto fuera dos o tres días con ellas, se lo comían. Lo que no había. Llegaba a un pedazo, ponía su manta en medio y las ovejas se estaban allí mientras él se iba a aquellos cortijos.

Todos los que tenían de cuarenta años para arriba murieron en las cárceles y, al que no se moría en la cárcel, le daban careo para que se muriera en su casa, que fue lo que le pasó a mi padre.

### **En el campo de concentración**

El día 2 de abril del '39 terminó la Guerra. Nos llevaron a un campo de concentración en la provincia de Córdoba.

Como dicen: “del agua vertida, la mitad recogida”<sup>6</sup>. Estuvimos en un campo de concentración que no tenía vallas. Estábamos todos sueltos. Por las mañanas pasaban lista y por las tardes también. Hacíamos nuestra instrucción. Lo pasamos muy mal quince días, porque una latilla de sardinas para dos hombres sanos, aquello, ni comía el uno ni el otro. Luego ya empezaron a dar rancho de ese fuerte con tocino. Murieron muchos por causa de eso, de la

---

<sup>6</sup> El refrán es: “Del agua vertida, la mitad recogida”. En este caso, lo que Mateo quiere decir es que, a pesar de haber perdido la guerra y ser enviado a un campo de concentración, tuvo suerte porque el campo al que le tocó ir era abierto.

panzada que se dieron. Lo que pasa es que la vida hay que buscársela. No había comida, pero en aquellos pedazos había hierba, unos ajos porros que los criaba la tierra. Los cocíamos en las latas de las municiones. Como estábamos sueltos, también cogíamos aceitunas de los olivos. Como teníamos el dinero de la paga, le dábamos la ropa a las mujeres para que nos la lavaran. A ellas les venía bien y a nosotros también. Por eso digo que tuvimos suerte.

A los tres meses de estar allí me mandaron mi salvoconducto para que viniera.

### **Regreso a Almaciles**

Cuando llegué al pueblo mi padre estaba en la cárcel, ¡con pena de muerte! Me enteré cuando llegué. En mi casa sólo había mujeres. A mi hermana mayor le habían matado el marido.

Fui a casa de mi mujer. Sus padres estaban deseando que fuéramos novios. Ella estaba sirviendo en *Casa Marcial*.

Tenía que presentarme por la mañana, al mediodía y a la noche a Falange Española, porque era rojo, de esos que no se muerden el labio. Si quería ir a labrar, tenía que ir a Falange Española.

Mi padres tenían un pedazo yendo para la Puebla, al pasar la *Tejera*, en el viso ese que hace para la huerta. Lo tenían sembrado de trigo. Tuvimos suerte y recogimos un cosechón de ochenta fanegas. Lo segamos entre mi hermana más joven y yo. Yo les decía en Falange:

—Mire usted, tengo que ir a labrar. Madrugo y vengo por la mañana temprano. Pero si vengo a mediodía, echo el día en el camino.

Pero, nada. Tenía que ir tres veces.

## La cárcel

Nosotros teníamos un pedazo de tierra al lado del cortijo la *Tejera*. El dueño de ese cortijo y de otro que hay más abajo era uno que le decían el tío Anselmo. Una mañana me lo encuentro en el Goterón<sup>7</sup> y me dice:

—Buenos días.

—Buenos días —le contesté.

—La parata que ha hecho tu padre allí —en el pedazo de tierra que teníamos pegando a lo suyo—, vas y la derribas.

—Mire usted, si ve que la parata está en lo suyo, pues lo mismo hace un celemín de tierra para usted que para mí. Deje usted la parata y el agua se queda ya recogida.

¡Vaya, la que me esperaba! A las cinco del día siguiente estaba yo pensando: “¡Mañana voy a estar tan a gusto, que ni voy a tener que madrugar ni nada!”. Al otro día era la Piedad. Pasé la noche en la cárcel.

Había terminado de echar la basura en el campo y a las cinco o por ahí venía montado en mi burra con otra detrás. Me asomo a la plaza, me para un guardia civil y me dice:

—Haga usted el favor de bajarse y véngase conmigo al cuartel.

—Déjeme que vaya primero a mi casa. Allí no hay nada más que mujeres. Puede usted venirse conmigo si quiere.

Fui a mi casa, dejé las burras y me fui al cuartel.

¡Me pegaron un palizón! Había dos guardias. Me acusaron de cosas que yo no había hecho.

Luego ya me llamó el juez, que no era juez, que era uno de la Puebla que estaba estudiando y lo colocaron en Baza. Se llamaba Félix. Me llama y me dice que había ido a Pedrarias y le había pegado fuego a una ermita que había allí, que había requisado todo el grano del cortijo de Pedrarias, que había quemado la iglesia de Almaciles, que había intervenido en la quema de la iglesia de la Puebla...

---

<sup>7</sup> Un lugar próximo a la plaza mayor de Almaciles.

Todo eso era mentira. Lo que hicieron en la iglesia de la Puebla fue muy poca cosa y la iglesia de Almaciles no se quemó. Metieron todos los santos en la sacristía, taparon todas las puertas y echaron paja en la iglesia. Cuando llegaban los domingos, que no había que ir a trabajar, allí mismo hacíamos la instrucción.

En fin, el tío hizo allí su papel y yo le dije:

—Usted tiene ahí dos soldados apuntándote. Si me matan los soldados, firmaré eso. Pero si no, no lo firmo. Usted lo cambia como sea. Ponga que soy rojo, que sí lo soy, no lo puedo remediar.

Así que me sobaron bien, me llevaron a Huéscar y luego a Baza. Mientras estuve en Baza fue cuando murió mi padre.

Estuve en prisión veintiocho meses y medio. A los dos años pedí la libertad provisional. Hablé con uno de los presos de allí, que estaba de escribiente, para que me ayudara a pedirla. Me contestó:

—Sí, hombre.

Le dije a mi hermana, una de las veces que fue a llevarme de comer:

—Cómprame un papel de esta manera, que voy a pedir la libertad provisional.

Y la pedí.

A los cuatro meses me dieron la libertad. Cuando me dieron careo, me junté con mi mujer.

### **Cómo se juntó con su mujer**

Mi mujer estaba sirviendo y yo tomé celos con un mulero que había en el cortijo en que estaba. El 14 de mayo, que era el día de la Ascensión, me la llevé y nos vinimos a mi casa.

Tuvimos también mala suerte con eso, porque a otro día viene el alcalde y me trae la citación para el juicio. Si el alcalde me lleva a mi el papel la víspera del día de la Ascensión, no me caso. Vamos, en aquella época ni pensarlo. Porque es que yo no sabía si iba a la cárcel otra vez, si vendría de Granada o no.

Era sábado y el correo no pasaba. A las tres de la mañana pillé mi camino por el campo a montarme en el tren para ir a Baza al juicio. Allí se quedó ella sola con mi familia.

Llegué allí y se celebró el juicio. Me sacaron seis meses. Como estuve veintiocho meses preso, el capitán que fue mi abogado le dijo al jurado:

—Y los otros veintidós meses, ¿quién se los paga a este hombre?

Allí no replicó nadie una palabra.

Después del juicio me tuve que venir andando desde Baza. Estábamos en las afueras de Baza esperando a que pasara algún coche, y se presentó un tío con pescado. Estaban allí también un veterinario y un guardia civil, a los que conocía, un zagal de Orce. Montamos en el camión pero, al llegar a las primeras cuestas, se escacharró. Seguimos andando y nos encontramos a un tío que iba con su mula y su carrillo para Cúllar. Llegamos a Cúllar cuando oscurecía. Desde allí seguimos el zagal de Orce y yo hasta llegar cerca de Huéscar. Entonces él se fue para Orce y yo seguí por la carretera hasta aquí.

A los seis años de estar viviendo juntos nos echamos las cruces. Ya teníamos tres hijos. Me casé por los cincuenta duros que daban por cada zagal todos los meses. Me dijeron:

—Muchacho, tú ya tienes tres zagales —los mismos que pagaban—. ¿Qué haces que no te casas?

Estábamos en el *Burrezo*. Bajamos andando los cinco, los tres zagales y nosotros dos. Primero fuimos a casa de mi madre y después a casa de mi suegra. De allí fuimos a la iglesia, comimos y para el *Burrezo* otra vez. Ese día hubo en la iglesia por la mañana un bautizo, la boda y un entierro. Ah!, y unas monjas que venían en el correo de la Puebla se bajaron también a tomar la comunión.

## **Primera hija**

Cuando nació mi Isabel, el veintiocho de febrero<sup>8</sup>, estaba guardando ovejas en la *Hoya de los Carboneros*. Me había metido de pastor con la gente de la *Casa del Pino*. Llega el amo Jorge, y me dice:

—Ha estado aquí el tío de tu mujer y ha dicho que ha tenido una niña.

Dejé las ovejas y me fui a ver a mi hija.

A los dos días de dar a luz se le fue la cabeza y se volvió loca. Veía a los santos y decía:

—¡Ay, qué gloria!, que si tal y que si cual. No ves qué flores.

Estuve diez días espatarrado encima de ella porque si no se levantaba de la cama. Ella tenía veintiún años. Muchas veces tenía que llamar a su padre, cuando le entraban los nervios. Para descansar yo un poco le ataba las manos con mi correa. Me daba lástima, pero algo tenía que hacer para poder descansar una miaja. Como estaba así, no tenía leche y tenían que sacar a la zagala por ahí buscando mujeres que estuvieran recién paridas. ¡Algunas veces se presentan las cosas muy feas!

## **Otra vez a la mili**

Entonces me llamaron para ir a la mili de Franco. El día 14 de marzo tuve que dejar a la mujer y a la zagala en la cama para ir a Algeciras. Ella ya estaba mejor por las medicinas que le habían dado.

A los tres días de estar en Algeciras, salimos un día y me tuvieron que traer. La sangre la tenía podrida, se me había ido congelando por dentro. Aquellos días que estuve espatarrado encima de mi mujer había hecho un tiempo muy malo y estaba helado de frío. ¡Por poco me muero! Gracias a que los médicos eran buenos. Me dieron unas angustias y eché unos chorros de sangre podrida. Dije: “¡Ya verás tú!”. Pero no me pasó nada.

---

<sup>8</sup> De 1942.

## **La burra y los cables de la luz**

Otra vez me pasó otra cosa. Habían estado segando los señores con una máquina, y al pasar cortaron los cables de la luz que iban a Almaciles . Yo fui después con una burra al pedazo a recoger una cebada. Cargo mi burra, salgo para abajo --yo iba con mi ramal cogido--, cuando se cae la burra. “¡Leche, la burra se ha caído!”. No se movía. No se levantaba. Yo no sabía lo que pasaba. Luego vi que estaba muerta. Le quité los haces de cebada y cogí el aparejo, cuando siento así al lado mío, debajo de mí, los cables de la luz: “Zzzzzzzzz...” Llevaba unas esparteñas, pero la suela era de goma. ¡Qué fuerza no me daría Dios o quien fuera, para tirar del aparejo y arrancárselo!. Llevaba una buena cincha y se partió por medio del tirón que di. Así que por eso digo que he tenido suerte por un lado, pero por otro es que he sido muy abandonado.

## **La Casa del Pino**

Llegó el día San Isidro<sup>9</sup> y los amos se habían ido. Eran cuatro hermanos. El padre había muerto ya. Había sido un año de mala cosecha y los animales tenía mucha hambre. Yo llevaba ahí ocho años y medio con ellos, así que no le iba a decir al ama: “Mire usted que el día de San Isidro quiero ir a mi casa”. Pero la víspera de San Isidro vinieron los hijos. Éramos dos pastores: yo iba de borreguero y otro —uno de la Puebla, que tenía de apodo *el Espartero*— con las ovejas. Habíamos dormido en la calle como hacíamos siempre, pues íbamos de noche a esos cerros y a las nueve o las diez de la mañana llegábamos al cortijo y almorzábamos. Llegamos y estaba el amo allí. Yo pasé para dentro primero y el otro se quedó cerrando la puerta.

---

<sup>9</sup> San Isidro Labrador se celebra el día 15 de mayo. Le hacen romería a la ermita del santo situada a unos dos kilómetros de Almaciles.

—¿Dónde habéis estado que, ya es tiempo de ir a mudarse<sup>10</sup>. Yo quiero ir mañana a San Isidro—le dije.

—Pues bueno —me dijo Julián, el que mandaba<sup>11</sup>.

A otro día nosotros encerramos las ovejas y los borregos. El otro me preguntó:

—¿Las encerramos o les damos careo?

—Las encerramos y así están más seguras —le contesté.

Así que llegó su hora, las apartamos y cada uno nos fuimos con nuestro atajo, los borregos a un sitio y las ovejas a otro. Pasamos por el cortijo ya bien de noche. Serían las diez de la noche cuando pasé por la puerta del cortijo para subir a *los Tornajos* a encerrarlas. Allí había más anchura. Después fui a Almaciles y llegué a las doce de la noche.

A otro día vino a mi casa un tío de mi mujer, que le decían Mariano *el Cacharro*, y pregunta:

—¿Dónde está Mateo?

—Acostado —le respondió mi mujer.

—Ha estado Emilio en mi casa y ha dicho que “hay pastores que parecen de primera clase pero son de última clase, de dejarse el ganado encerrado”.

Se fue y no me despertaron. Estaba cansado y tenía ganas de descansar. Cuando me levanté a comer, mi mujer me dijo:

—Ha estado mi tío Jaime y ha dicho que ha venido Julián y le ha contado que iba a ir al cuartel a dar parte de vosotros por haber dejado las ovejas encerradas.

En fin, ya sabía yo que la Guardia Civil era la que iba que intervenir.

Total que comí, me cambié de ropa, —yo estaba preparado para irnos a San Isidro—, pillé mi camino y me fui a la *Casa del Pino*. Total que llegué.

—Buenas tardes —me dijo.

---

<sup>10</sup> Cada quince días podíamos irnos a nuestra casa a mudarnos. Íbamos el sábado por la tarde, el domingo estábamos en nuestra casa y a otro día vuelta al negocio.

<sup>11</sup> Eran cuatro hermanos. Uno estaba estudiando y aquel no quería saber nada. De los otros tres, uno llevaba el manejo de la casa, otro era el que llevaba el manejo de las ovejas y el otro lo de sembrar, para mandar a los mozos a sembrar donde tuvieran que ir y a los tractoristas, que entonces ya había tractores.



—Buenas tardes —le contesté—. Prepáreme usted la cena para la noche.

Junté las ovejas con los borregos y aquella noche me fui por allí. A otra mañana llega el tío y me dice:

—¡Echa las ovejas para abajo!

Les di un silbido y salieron para abajo. Cuando llegamos al cortijo a comer las migas le digo:

—Prepárese pastor, que me voy.

Cumplía la víspera de San Juan<sup>12</sup>.

Luego vino otro hermano, Jorge, que estaba estudiando. Se pensaba que me iba a convencer para que me quedara. A mí lo que me cayó mal fue lo de la Guardia Civil. Si no quería que nos viniésemos los dos el día de San Isidro, debía haberlo hablado, habernos dicho que nos fuésemos uno un día y al siguiente el otro, en lugar de ir al cuartel.

Estuve catorce años y medio allí.

### **El cortijo de Millán**

Fue combinación que un familiar de los amos de la *Casa del Pino*, Don Arturo, que era de Huéscar, quería echar ganado y fue allí. La mujer de ese hombre era prima hermana del padre de los hijos del amo de la *Casa del Pino*. Aquellos le dijeron:

—Pues mira ha pasado esto y esto. De aquí se van dos pastores...

Pilló cada uno su burra y vinieron a donde yo vivía, en Almaciles. Hablamos del terreno. Yo lo conocía una miaja. Total, que nos arreglamos. A los pastores nos daban la aniaga: dos arrobas de patatas, un celemín de garbanzos, una fanega de trigo y un cuarterón de aceite todos los meses.

Cuando ya quedamos en el día, le dije:

—Mande el tractor a Almaciles para llevar todas las cosas.

Y eso hizo. A primero de septiembre nos fuimos.

---

<sup>12</sup> El 24 de junio. Ese día los pastores se “arreglaban”, cambiaban de dueño o lugar de trabajo.

Como tenía que presentarme cada quince días en el cuartel, cuando llegó el día catorce, le dije:

—Don Arturo prepare usted el pastor para mañana porque tengo que ir a Almaciles.

—¿A qué vas a Almaciles?

—Porque tengo que ir cada quince días ¿No lo sabía usted?

Sí lo sabía. Me dijo:

—Si quieres te vas con tus ovejas esta tarde, y mañana, cuando vengas, el señorito José Manuel —uno de sus hijos— te lleva a Almaciles. Mejor irás con José Manuel en la moto.

Vinimos en la moto aquí a Almaciles. Primero fuimos al cuartel. Me presenté: “Aquí está fulano de tal”. Al salir le pregunté al señorito:

—¿Usted se queda aquí Juan Andrés?

—Sí, me voy a quedar aquí.

—Yo es que voy a ver a mi madre.

Vine, subí a ver a mi madre, y me despedí:

—¡Ala!, me voy, que tenemos que irnos al cortijo otra vez.

Yo no sé lo que le dijo a los civiles de Almaciles ni a los somatenes, pero ya no tuve que volver a presentarme. Don Arturo me dio la vida y la libertad, me quitó una carga. Me quedé en la gloria. Ese año ya pude ir a segar a Totana<sup>13</sup>, sin tener que pasar antes a ver a los civiles. Estuve yendo a Totana seis años. Había que hacerlo para buscarse el chupete medio regular.

Decían que era el tío más malo que había en Huéscar. Le habían matado dos hermanas, que las cosas se dicen como son, y a eso no hay derecho, ya puede ser fascista, socialista, comunista o lo que sea.

Cuando me arreglé con él me dijo:

—Pastor.

—¿Qué pasa Don Arturo?

---

<sup>13</sup> Cartagena.

—Usted tenga mucho cuidado, que si lo denuncian los vecinos porque se meten las ovejas en lo suyo, lo tendrá usted que pagar. Yo no quiero saber nada.

Si iba uno al cortijo y le pedía permiso para coger aliagas, se llevaba todas las que quería. Pero como lo hiciera sin su permiso, iba al juzgado. Allí que no se te ocurriera coger un melón, un tomate o una manzana. Si te veía, la tenías con él. Y hacía bien en defender lo suyo.

Pero nosotros caímos muy bien allí. ¡Qué adelantas con cogerle al amo un tomate o una manzana! Yo, cuando iba a los manzanos, me llevaba a los zagales y unos cestos y, antes de echar las ovejas allí, recogíamos las manzanas y les decía:

—Tomad, llevádselo a Don Arturo o a su mujer.

Los animales se los cuidaba bien, les echaba de todo.

Luego el hombre vendía los borregos, llegaba y me decía:

—¿Cuántos borregos has vendido pastor?

—Pues mire usted en la libreta.

Tantos.

—¿Qué valen los borregos?

Diez mil duros o cinco mil duros.

—Tómalos, que son tuyos.

En otros sitios, si estabas sirviendo, le tenías que pedir al amo mil duros para que te diera mil pesetas. Para pagar eran muy malos. Vendían los borregos, se guardaban el dinero y en vísperas de San Juan era cuando arreglaban las cuentas.

Estuvimos tres años allí, hasta que fueron a nacer los mellizos. Entonces nos vinimos a Almaciles. Me dijeron que nos quedásemos allí, que ya nos ayudarían como fuera. Pero aquí estaban mi madre, mi suegra, mis hermanas, que podían ayudar a mi mujer si la cosa se complicaba. Entonces me puse con otro dueño a servir.

En el mes de marzo —no se le hizo tarde— el hijo de aquel hombre llegó a *Los Cerricos de Arriba*, que era donde estaba sirviendo. Preguntó:

—¿Dónde está el pastor fulano de tal?

—Esta mañana ha salido para arriba. Eche usted por ahí para arriba que tiene que estar en esos caminos, más para acá o más para allá.

Cuando se le echa un rato a las ovejas ya, en el mes de marzo, el sol calienta. Estaba comiendo cuando llegó. Sentí alguien en una moto, y en seguida apareció.

Estuvimos otros dos años más allí y luego nos fuimos a Almaciles. Nos vinimos para que mis hijos pudiesen ir a la escuela. Había maestro en Bugéjar pero, si estaba lloviendo, no podían ir y en invierno tampoco. Al tener ya cinco, nos tuvimos que ir de allí, si no todavía estaríamos allí mi mujer y yo.

### ***“Quien a hierro mata, a hierro muere”***

El manijero que yo llevaba estaba segando con una hija del tío Anselmo. Los somatenes, cuando llegaba el verano, iban por los campos mirando a ver qué había y qué no había. Esa gente estaba nada más que para vigilar. El hijo del tío Anselmo era uno de ellos, y se ve que su padre le mandó razón para que fuese donde su hermana, cuando estábamos segando allí. Pusieron la mesa para comer, y me dice:

—Mateo.

—¿Qué pasa?, Fernando —así se llamaba.

—¿Sabes por qué estás aquí? Porque yo fui y te saqué.

—Muchas gracias, hombre —le dije.

¡A los veintiocho meses!, que yo no me metí con ellos ni por una cosa ni por otra. Nada más que por la parata, me tiré veintiocho meses allí.

Dicen que “*quien a hierro mata, a hierro muere*”. Pasado el tiempo ese hombre fue a Granada. No sé dónde se metería, pero en ninguna cosa buena pudo ser. Se lo encontraron muerto en la calle. Tenía otro hermano y se le pegó fuego... Porque es que el tío ese, el viejo, había quemado a uno ahí en la *Loma de Arriba*, el cortijo que hay un poco más abajo del pueblo. Allí entraron tres tíos y mataron a uno que tenía dinero, lo mataron por eso, y lo quemaron. Primero lo sentaron en unas trébedes hechas ascuas y, así que cantó, lo mataron, lo

acostaron en la cama y se fueron llevándose el dinero. Lo tengo muy bien apuntado todo. Salvo de cáncer, de muerte natural no ha muerto ninguno.